

en el estante de una persona culta de aquel tiempo, no era absolutamente incompatible con el volumen de Montaigne y podía esperar sin temor el volumen de Urfé,

Al citar á Montaigne sólo he podido hacerlo en un sentido: el autor de los *Ensayos* se dedicó á convertir la filosofía, de severa é inaccesible que era, en risueña y agradable; Francisco de Sáles ha hecho lo mismo con la devoción: quiso trasformarla en doméstica, familiar y popular. Fuera de esto, son ingenios que distan entre sí como un polo del otro. El tono afectuoso de Montaigne disfraza, oculta mal, cierto grado de egoísmo; la inspiración de San Francisco de Sáles es tierna, afectuosa, inflamada en el amor al prójimo.

Francisco de Sáles empieza el libro de la *Introducción* como jugando y en él derrama el azúcar y la miel; se parece á las abejas de que habla tan á menudo. Sabe que toda senda humana tiene más tropiezos y más espinas que flores y que cuando Dios se manifiesta y habla es, más bien que entre las flores, entre las espinas. Sin embargo, prodiga flores involuntariamente; vierte la miel y las sabrosas frutas; las hace brotar sin esfuerzo de su unción y su fecundidad. « Hay, dice, corazones agrios, amargos, ásperos por naturaleza, que á su vez amargan cuanto reciben. » Compadéce esta amargura del corazón ajeno, en la que ve, cuando es puramente natural, más que un defecto una imperfección que debe procurarse vencer y corregir. Él es lo contrario de aquellas naturalezas; es el más dulce, el más inalterable, el más activo y pacífico á la vez de todos los corazones; busca á los otros para consolarlos, se enamora de las almas y las cura, les insinúa aquella « devoción interior y cordial que hace todas las acciones dulces, fáciles, gratas. » La devoción, según él, es « una agilidad espiritual » que anima la existencia. « Hagamos las buenas obras, dice, con prontitud, con diligencia y frecuentemente. » Cuando se acerca á alguno, lo hace sin alardes, sin el amenazador aparato de la controversia, y no por las alturas del orgullo: no ataca la plaza, como dice Bossuet, « por la eminencia en que se atrinchera la presunción; » la ataca por los sitios más accesibles, va poco á poco ganando el corazón, hasta que paso á paso se introduce en la ciudadela.

Había por entonces, como siempre, y acaso más que nunca, inge-

nios que gustaban de hacerse preguntas espinosas para mortificarse. Una señora casada le planteó cierto día una cuestión de este género, la de saber cómo poner de acuerdo la autoridad de los reyes con la del papa. La respuesta de San Francisco de Sáles es admirable de prudencia y de sabiduría: « Me preguntáis, contesta, una cosa tan difícil como inútil, » y muestra en pocas palabras en qué consiste la dificultad, no por la cuestión en sí ni para los espíritus sencillos que buscan la solución por la senda de la caridad, sino porque en estos tiempos en que abundan las cabezas calientes, agudas y contenciosas, es difícil no decir algo que ofenda á los que, « siendo serviles criados del papa ó de los príncipes, encuentran mal toda opinión que no es extrema. » Esta carta es admirable y muestra cómo Francisco de Sáles sabía eludir las dificultades que no quería vencer, ó mejor dicho, cómo por su elevación impedía que se presentaran.

Estaba más en su elemento cuando tenía que responder á preguntas como la que le hizo un abate amigo suyo: « ¿ Vuestro corazón amará al mío siempre y en toda estación? » Hé aquí la respuesta: « Amar y poder dejar de amar son dos cosas incompatibles. » Para él no existe la amistad si no participa de la Eternidad siendo inmortal.

El principal objeto de su libro, que él dirige á *Filoteo*, es decir, á un alma amiga de Dios, consiste en demostrar con ejemplos más que con preceptos que la piedad no es incompatible con las diversas ocupaciones de la sociedad, aunque deba practicarse de diferente modo según la condición de cada uno; aunque la ejerciten diferentemente el noble, el artesano, el criado, la casada y la viuda, pueden hacerlo todos con el mismo espíritu de vida íntima y alegría interior. Lo que dijo á Madama de Chantal se lo hubiera dicho igualmente á cualquiera otra alma: « No os oprimáis el corazón, hija mía; con tal que el amor de Dios sea vuestro anhelo y su gloria vuestra divisa, *vivid siempre contenta y animosa.* » Si no se vieran en él más que ciertas imágenes de mal gusto, varios abusos de ingenio, de azúcar, de miel, de flores, se podría pensar que afemina la devoción; pero yendo más al fondo, desgajando el pensamiento, han encontrado los mejores jueces que permaneció constantemente fiel al verdadero espíritu cristiano.

Los profanos tambien, tratando de estudiar en varios sentidos el asunto, encontramos el mismo resultado. Tiene desde el primer libro una meditacion *sobre la muerte*, llena de energía y de belleza moral. El punto de la muerte es la gran piedra de toque del Cristianismo. Los antiguos, áun los más sabios, deseaban una muerte brusca y repentina: Plinio el Antiguo dijo de *la muerte súbita* « que es la mayor felicidad de la vida. » Para el cristiano, al contrario, es la desgracia mayor, y todos los cuidados de su vida entera se deben encaminar á la preparacion para aquella hora suprema y desconocida.

« ¡ Alma mia! exclama Francisco de Sales, ¡ un dia abandonarás mi cuerpo! ¿ Cuándo será? ¿ en invierno ó en estío? ¿ en la ciudad ó en la aldea? ¿ de dia ó de noche? ¿ de enfermedad ó de accidente? ¡ considera que entónces el mundo habrá acabado para ti! considera la triste despedida que dará tu alma á este mundo, cuando todo se trastorne ante tus ojos... etc. »

Todo este capítulo lleno de vigor puede leerse al lado de un capítulo de la *Imitacion* (23.º del libro primero).

Veamos á Francisco de Sales tal como era y no nos paremos como los niños en detalles y exterioridades; veámosle interiormente; busquemos el manantial de sus inspiraciones á traves de las galas de su fantasía. Su imaginacion viva, risueña, abundante, parece tener algo de infantil; hay en su expresion algo de Amyot, algo tambien del Joinville del tiempo de San Luis. Apartemos las galas y las flores para llegar á su alma ardiente y fuerte, para descubrir aquel carácter firme y vigoroso aunque revestido de dulce suavidad. Para explicarnos este conjunto que en sí descubria, nos dice él mismo:

« Pienso que no hay en el mundo almas que quieran más cordial, más tiernamente que la mia, y, para decirlo todo, con tanto amor y caridad... Pero sin embargo, simpatizo con las almas independientes, vigorosas, no afeminadas... ¿ En qué consiste que yo sienta estas cosas, yo que soy, lo digo de buena fe, el más afectivo de los hombres?... En verdad me maravilla esto. »

Cuando se cita á San Francisco de Sales es necesario suprimir bastantes sutilezas, varios matices, que constituyen quizá lo más delicado de su pensamiento. Pero es suficiente que nos fijemos en el tronco y en las principales ramas.

De las cinco partes en que se divide la *Introduccion á la vida devota*, la tercera, que contiene un análisis de las virtudes y del modo de practicarlas, ofrece un interes más directamente moral. Francisco de Sales quiere que entre las virtudes sean preferidas las mejores, esto es, las más reales, las más sinceras, las más próximas á la caridad, no siempre las más estimadas ni las de más apariencia. Aconseja á cada cual que se atenga á alguna virtud en particular, á aquella de que más necesite, sin prescindir por eso de las otras, pues hay un lazo entre todas y todas engranan entre sí. Está léjos de favorecer, como se creeria tratándose de un santo, los transportes extáticos y el exceso de oraciones: « Ved, Filoteo, que esas perfecciones no son virtudes, sino más bien recompensas que Dios da á las virtudes. » Lo mejor, segun él, es dejar las perfecciones á los ángeles y cultivar sencilla y humildemente virtudes más pequeñas, pero humanas, siendo preciso guardarse de ilusiones, pues suele suceder « que los que piensan ser ángeles no son ni siquiera hombres. » En consecuencia abre su lista y un curso de virtudes, por la paciencia, la humildad, etc.

Leyendo las recomendaciones morales de San Francisco de Sales, me ha ocurrido involuntariamente una comparacion: he recordado aquel otro curso y ejercicio de virtudes que Franklin se habia propuesto en una época de su juventud. No sin tener en cuenta las diferencias del gusto y las del siglo, he ido más allá, tratando de explicarme los dos métodos y la doble familia de las dos almas. Franklin tambien es risueño, amable, festivo; hay en la expresion imaginacion é ingenio; pero con todas sus luces físicas y positivas superiores, hay una luz que falta y cuya ausencia se nota; no la que brilla y sería falsa, sino la que calienta é ilumina; no la que aparece en la superficie como un fuego fatuo sino la que proviene del interno foco; dulce, ligera, divina embriaguez mezclada á la práctica bien entendida de las cosas. Busco, investigo hasta muy léjos: Franklin tiene la humanidad, carece propiamente de la caridad.

En Francisco de Sales hay más de la precisa; tiene más que lo útil, más que lo justo, más que lo humano: tiene lo *santo*. Cosa real, que apareciendo sinceramente será siempre adorada por los hombres.

Los dos, por otra parte, tienen el don feliz de las comparaciones. Franklin, á la manera de Esopo, sobresale en el apólogo. San Fran-

cisco de Sáles imita sin intentarlo el Evangelio; posee la parábola. He dicho que parece imitar el Evangelio, pero simboliza demasiado.

Para apreciar en San Francisco de Sáles todo su hermoso sentido, basta desprender el pensamiento moral de los emblemas sobrado numerosos y de las comparaciones harto bonitas en que lo envuelve. Sobre la reputación, por ejemplo, en sus relaciones con la humildad, dice:

« La reputación no es como una enseña que proclame la virtud; que nos haga conocer dónde la virtud se aloja: la virtud debe ser preferida en todas partes y siempre.

» Debemos ser celosos pero no idólatras de nuestra fama... La raíz de la fama es la bondad, la probidad, y mientras la poseamos puede reproducir el honor que merece. »

Sobre la dulzura con el prójimo nos dice:

« No choquemos en el camino los unos con los otros; marchemos con nuestros compañeros, con nuestros hermanos, dulce, apacible y amigablemente. »

Sobre la manera de atender á los asuntos propios, sin exceso ni tumulto ni apresuramiento:

« En todos vuestros negocios apoyaos totalmente en la providencia de Dios, sin la cual se malograrian vuestros intentos; pero trabajad por vuestra parte para cooperar al logro de vuestros fines... Haced como los niños, que con una mano se apoyan en su padre y con la otra van cogiendo de las cercas del campo las moras y las fresas. »

Esta es la verdadera gracia de escritor que se nota en San Francisco de Sáles; no le falta más que detener á tiempo su pluma para que resulte completa perfección.

Estudiándolo, no tanto para juzgarlo como para definirlo, tropiezo en el capítulo de los *Juicios temerarios* con esta observación que se aplica á nosotros los críticos moralistas y que parece escrita para moderarnos en nuestras conjeturas. Francisco de Sáles enumera las diversas fuentes en que se originan los juicios temerarios, y agrega:

« Se dán algunos al juicio temerario sólo por el placer de filosofar y adivinar las costumbres y humores de las personas, como simple ejercicio del ingenio. Y si por desgracia encuentran alguna vez la verdad en sus juicios, crecen de tal modo el apetido y la audacia que cuesta trabajo detenerlos. »

Aquí, á lo ménos, nuestro objeto es demasiado franco y demasiado sencillo, nos guiamos por demasiado buenos y seguros testimonios, para que no se deba perdonar nuestro empeño de investigar, adivinar, comprender.

Hay en Francisco de Sáles capítulos enteros de extraordinaria y fina delicadeza moral; citaré, por ejemplo, el XXXVI de la tercera parte. El autor enumera en este capítulo todas las pequeñas formas de parcialidad ó de injusticia que en la práctica de la vida nos inclinan del lado de nuestro interés ó de nuestra pasión, sin confesarlo ni aparentarlo siquiera, y sin que nos creamos por eso ménos honrados; hace tocar con el dedo en qué consisten esas deficiencias de razón y de caridad, las cuales, al fin de cuentas, no son más que mezquinas fullerias:

« Pues no se pierde nada, nos dice, en vivir generosa, noble y cortesmente, con un corazón leal, igual y razonable. » Por este solo capítulo, que respira en sus menores detalles la verdadera ley de caridad, se eleva la moral de nuestro autor á un nivel mucho más alto que la de Montaigne y la de Franklin. Sin querer rebajar la de estos últimos, sin quitarles nada, se respira aquí un aire más puro y nos sentimos en otra región.

En los consejos que siguen se puede comprobar hasta qué punto aquel ingenio adorable era á la par positivo; da las reglas que deben observarse aún en los buenos deseos, que no deben perderse ni abandonarse, pero que es preciso saberlos guardar en un rincón cualquiera del corazón, hasta que su tiempo sea venido. En sus advertencias á los casados, á las mujeres, en sus prescripciones sobre la honestidad del lecho nupcial, etc., es atrevido, original y puro. Dice á las mujeres honradas que se complacen en coqueterías y gustan de que las hagan la corte: « Cualquiera que alabe vuestra hermosura y gracia debe ser sospechoso; pues el que alaba una mercancía que no puede comprar, se siente por lo común tentado á sustraerla. »

Uno de sus pensamientos, que es como la conclusión que ciertos lectores podrían sacar de su libro, es este: « el hombre, sin la devoción, es un animal severo, áspero y rudo; » y sin devoción, « la mujer es más frágil y más sujeta á caer ».

Se concibe, pues, en aquel tiempo, el éxito que obtuvo un libro

semejante, libro que se apoderaba de los corazones por la ternura, que atraía las imaginaciones por sus bellas imágenes, que satisfacía á la razón por el fruto moral que en él se recogía (1).

Cuando Francisco de Sales quiso profundizar y dió algunos años despues su *Tratado del Amor de Dios*, no encontró la misma facilidad imprevista ni los mismos aplausos. El *Tratado del Amor de Dios* se publicó en el año 1616. El único de sus libros que permaneció en las manos de los hombres, y más de las mujeres, como el breviario de las gentes de mundo, fué el primero. Los defectos de su estilo, que saltan á los ojos, parecen hoy bellezas que encantan y sonríen. Abusa, ya lo he dicho, de las imágenes físicas y de la comparación. No siempre toma sus imágenes de lo que ha visto y observado al paso en las montañas y valles de Saboya, pues como dice M. Sayous, « las unas son sencillas, propias, naturales, trascienden á campo, como cogidas en el bosque ó en las riberas del lago de Annecy : estas son las mejores ; » y las más cortas, digo yo á mi vez. Las otras, ingeniosas pero rebuscadas, están tomadas de autores que ha leído; pretende ilustrar y amenizar las verdades morales y cristianas, que no necesitan artificioso adorno, con el auxilio de una historia natural muy á menudo fabulosa. Es imposible imaginar hasta dónde lleva semejante abuso, especie de credulidad ó de complacencia, por mitad poética y científica. Me gusta demasiado San Francisco de Sales para que yo cite ejemplos que comprometan la impresión agradable que debe quedar de este escritor.

Tengo á la vista un volúmen que contiene reunidos todos los Panegíricos que se han hecho del amable santo; los hay por Fléchier, por Bourdaloue, por el P. de la Rue, etc. Entre todos estos panegíricos se distingue el de Bossuet, ¿ es necesario decirlo? por la exactitud, por la amplitud y por la plenitud. Bossuet, que tan bien comprendía á Rancé trepando á la áspera cumbre y á la descarnada cima de la antigua penitencia, seguía á San Francisco de Sales en sus valles fecundos y

(1) Las ediciones de la *Introducción á la vida devota* se multiplicaron hasta lo infinito; se tradujo el libro á todas las lenguas, y hasta se puso en verso francés. Cuéntase que el librero encargado de la primera edición, librero de Lyon, obtuvo tan extraordinarios beneficios, que creyó de su deber hacer un viaje á Annecy para ofrecer al autor una suma de 400 escudos de oro. Era un editor digno del santo y de los que ya no existen.

risueños; extendiéndose en el espacio que media entre uno y otro, era en cierto modo el centro, el medio del reino cristiano.

Alguien, sin embargo, ha hablado de San Francisco de Sales aún mejor que Bossuet, escribiendo de él con palabras más distintas, más vivas, más penetrantes: me refiero á madama de Chantal, hija espiritual de San Francisco de Sales y precursora de madama de Sévigné. Los que se han permitido vanas reticencias sobre la intimidad del buen obispo con aquella mujer fuerte y virtuosa, no habian leído, me complazco en creerlo, aquella pieza que es la CXXI de las Cartas de madama de Chantal. (Edición de Blaise, 1823). Jamás se ha hecho mejor el retrato de un espíritu ni traducido tan sensiblemente cosas que parecen imposibles de expresar: luz, suavidad, precisión, vigor, discernimiento, ordenación y economía de las virtudes de un alma, todo está allí representado y pintado de un rasgo definitivo. Tales páginas no entran en la literatura, no pueden someterse al análisis crítico ni aún á la admiración. Solo diré, acabando nuestro modo de ver á San Francisco de Sales, que la Chantal, como todos los que han hablado de él, no olvida nunca cierto brillo que se veía resplandecer en su rostro en las horas de oración ó de recogimiento, un esplendor radiante, que en su apariencia tranquila dejaba traslucir la emoción interna más profunda. Existen retratos de Francisco de Sales; pero ninguno revela esta circunstancia singular de diafanidad y transparencia; en su tiempo se decía, en efecto, que no habia ningún buen retrato suyo.

En todo esto, no he pronunciado siquiera el nombre de Fenelon. Si llego á tratar un día de la correspondencia de Fenelon y de sus cartas espirituales, tendré ocasión de volver sobre las de San Francisco de Sales, buscando las semejanzas de estos dos ingenios y dejando á cada uno sus respectivas cualidades.